

Jamás olvidaré esa tarde, cuando vinieron a buscar al abuelo. Yo estaba tratando de digerir que, puesto que no me habían aceptado en ninguna de mis opciones para estudiar la prepa, mi futuro era un negro túnel infinito, y él, para variar, estaba tocando su oboe en el cuarto de la azotea. En realidad, para ser sinceros, yo llevaba dos semanas tratando de pasar ese mal trago, el de no saber qué iba a hacer con mi inútil vida, pues la secundaria ya había quedado atrás, *game over*, y adelante no había nada de nada de nada. Y, para ser todavía más sinceros, lo único que había hecho en esas dos semanas de profunda reflexión a conciencia era jugar videojuegos, *feisbukear* y oír música. Mis papás llevaban semana y media de viaje y no pensaban volver en un ratotote. Y no es una forma de hablar. Rato-tote de a de veras. Un año, para ser exactos. Académicos los dos, hicieron coincidir sus respectivos años sabáticos (de flojera total) para poder pasarla juntos y lejos. Y yo, por supuesto, no estaba incluido en el VTP por razones obvias; dígame: 1) que yo no me merecía echar ni tantita flojera, dada mi inútil vida y 2) ¿quién quiere a un inútil

de dieciséis años de colado en un viaje de enamorados de un año entero?

Así que la tarde era como cualquier otra tarde de ese verano a punto de ebullición. Estaba comentando una foto de uno de mi (ex) escuela, acribillando a un zombi y avanzando la rola que el *shuffle* del iPod había escogido, todo a la vez, cuando llamaron al timbre exterior del edificio. Me asomé y, convencido de que se habían equivocado, volví a lo mío. En diez segundos más ya habían vuelto a tocar. Me asomé y no dije nada. Esperaba que el hombre ese de traje y corbata se diera cuenta de su error sin tener que preguntar nada; esperaba que, al trazar mentalmente una línea entre él y yo (greña de medusa, anteojos de armazón grueso y playera amarillo chillón sin mangas), advirtiera que no eran tres pisos los que nos distanciaban, sino tres años luz, y se fijara bien dónde estaba tocando.

Pero no. Nada de eso. Muchas cosas en mi vida cambiarían a partir de ese momento.

—Disculpe..., ¿vive ahí el señor Mario Tomassi?

—Anda de viaje. ¿Para qué asunto?

—¿Fue lejos?

—Deje usted lo lejos. Igual y anda en Perisur, pero como regresa el año que entra, haga de cuenta que se fue a Siberia.

Se trataba de un hombre más o menos joven. Traje y corbata, y (hasta ese momento me di cuenta) auto de lujo esperándolo en doble fila. Se rascó la barbilla. Fue a la ventanilla trasera del carrazo, un Mercedes nuevito, habló algo con el pasajero (su patrón, supuse) y volvió a nuestra amena charla.

—¿Usted es su nieto?

—Su hijo.

Una arrastradísima pausa. Los dos nos dimos cuenta al mismo tiempo.

—Ah... ¿usted dice mi abuelo? —y él a la vez—: ¿Mario Tomassi, el impresor?

—Ah, mi abuelo sí está.

—¿Podría pedirle que si se asoma?

—Mejor suban.

La verdad, cualquier cosa que me sacara de mi depresión metafísica era buena. Además, nunca de los nunca habían venido a buscar al abuelo para nada desde que había tronado su imprenta y se había venido a vivir con nosotros al cuarto de la azotea.

Fui al interfón y liberé la puerta de la calle. En lo que supuse que tardarían en subir las escaleras, fui al cuarto del abuelo, a sacarlo de su emocionante vida.

—¡Oye, Gepeto! ¡Te buscan!

Buen momento para aclarar que el abuelo y yo no teníamos una relación muy linda. Mejor aún, vale la pena aclarar que nos llevábamos bastante mal. Ummh... Con toda franqueza, nos llevábamos entre horrible y de la fregada. Desde que llegó a la casa, poco antes de la Navidad, nos empezamos a pelear. Mi mamá decía que era porque teníamos el carácter idéntico. Yo decía que porque él estaba loco, senil y amargado. Él respondía que porque yo era un inmaduro, baboso y cabeza hueca. El caso es que, por eso, aunque mis papás no pensaban utilizar su habitación durante un año entero, él prefería seguir viviendo en el cuarto de la azotea, aunque el baño no tuviera bóiler y en la tele no se vieran más que el dos y el cinco.

Dejó de tocar el oboe y no respondió de inmediato.

—Que te buscan, Gepeto.

—¿Y te dio el cerebro para preguntar quién, profesor?

Pues no. Pero tampoco era como para que vinieran los jefes de la mafia a matar a tiros a un viejito en su propia casa, tocando la puerta, además.

—Ándale. Te están esperando en la sala.

Bajé apenas para encontrarme con un hombre cuarentón frente a la puerta del departamento. Su indumentaria casual, su aire de entre excitación y desfachatez, su pinta de *bon vivant*, me decían que él era el verdadero jefe, el mandamás del otro, que seguramente no era más que el chofer. Tenía los ojos claros y el cabello apenas poniéndose cano. Llevaba un portafolios de piel. Le tendí la mano. Quién sabe qué se traía con el abuelo, pero se veía interesante. Y enterarse de ese rollo era mucho, mucho mejor que estar dando *likes* a todas las tonterías de mis cuates.

—Augusto Urzaeta.

—Chano Tomassi —respondí—. Pásele. Ahorita viene mi abuelo. Está tendiendo una ropa.

Pasamos a la casa y sí me dio un poco de pena que viera el señor Urzaeta el estado en que la tenía desde la huida de mis papás (que, dicho sea de paso, habían confiado en que mi abuelo impediría que yo la convirtiera en una pocilga, pero ya se ve que cada quien prefería su espacio). Aventé al suelo algunos cómics, una camiseta y un plato para que el señor Urzaeta se sentara en un sillón. Yo me senté en el sofá grande, encima de la cobija con la que me había estado durmiendo mientras veía la tele grande. Él puso el portafolios sobre sus rodillas. Tamborileó los

dedos. Le ofrecí nescafé. No quiso. Le ofrecí agua. Tampoco. Estaba pensando si mi papá habría dejado tequila en la minicava del trinchador y si esa forma de cecear al decir “no, gracias” del señor Urzaeta sería una rebaba de su infancia en Madrid o en verdad vendría de muy muy lejos, del otro lado del océano, cuando apareció el abuelo por la puerta con su carota de malestar.

—Señor Tomassi —se puso de pie el señor Urzaeta. Fue a él. Le extendió la mano.

—¿De qué se trata?

—Antes, permítame presentarme. Soy Augusto Urzaeta.

—¿De qué se trata? No le quedé a deber a ningún proveedor.

Pensé que a mí no me vendría nada mal abrir una coca y hacer palomitas. Ver a mi abuelo en plan grosero puede ser bastante divertido.

—¡Nada de eso, señor Tomassi! Si yo...

—Por eso, de qué se trata.

—Eh... —balbuceó el hombre, un poco nervioso—, antes déjeme decirle que he hecho el viaje desde Bilbao sólo para verlo.

El abuelo hizo cara de “no me diga, ¿y?, ¿bailo?, ¿aplau-do?, ¿zapateo?”. Lo que me lleva a aclarar que el abuelo no siempre fue así de cretino. Aunque mi papá y él nunca fueron los más cercanos, hasta eso que su relación era bastante normalita. Conmigo nunca fue el abuelito cuenta-cuentos, aprieta-cachetes, regala-dulces, pero tampoco se portaba mala onda. Normal. Distante, sí, pero normal. En realidad hasta que se mudó con nosotros fue que se

hizo de ese carácter de la fregada. ¿Mi opinión? Que no pudo superar nunca que tronara su imprenta. Igual y era comprensible, cierto. Pero lo que no era ni comprensible ni justificable era que arreara en contra de todos por ello. Vaya. Ni que el mundo entero se hubiera puesto de acuerdo para caerle con la desgracia de su bancarrota.

—Me dedico a la renta de yates en... —de repente, el señor Urzaeta sintió que le estaba llenando el buche a mi abuelo, así que reviró—. En realidad es mi afición de coleccionista lo que me ha traído hasta aquí.

El abuelo, inmutable. A mí, la verdad, como si me hubieran prendido la tele en una comedia del Warner Channel. El hombre, sin más, lo soltó.

—Lo que me ha traído aquí son... los seis capitanes de Todas las Cosas.

Sonó a chiste. Yo hasta pensé que, en efecto, como comedia se ponía bastante buena. Pero el abuelo, lo juro, abrió los ojos como si al tipo le hubieran crecido cuernos. Y, no obstante, recapacitando, arrepintiéndose o algo así, volvió a su cara de agrura.

—No sé de qué me habla.

El señor Urzaeta fue al sillón de nuevo. Tomó el portafolios y se lo puso otra vez sobre las rodillas. Lo abrió. Sacó un recorte de periódico.

—Colecciono todo lo que tenga que ver con fenómenos inexplicables, señor Tomassi. Es un pasatiempo que tengo desde que era un chaval. Y, para serle franco, recuerdo con mucho cariño cierta aparición suya en la tele, cuando vivía yo acá en México.

Mi abuelo me miró por vez primera. Al parecer, el tal Urzaeta había cometido una suerte de indiscreción. Se dio cuenta. Me miró. Regresó la vista a mi abuelo.

—Eh... ¿desea que continuemos esta charla en otra parte?

Me hubiera puesto de rodillas para que no lo hicieran pero, afortunadamente, mi abuelo sólo se encogió de hombros.

—¿Aún la tiene? ¿La foto?

—No.

—Es una pena. Se la hubiese comprado, ¿sabe? Pero no es eso lo que me ha traído aquí. Sino... eso que usted dijo cuando le preguntaron de dónde había sacado la foto.

—Fue en los años setenta —se defendió mi abuelo—. Me vi apurado y necesitaba dinero. Por eso hice todo ese alboroto. Quería ver si alguien me compraba la maldita fotografía. Nunca creí que fuera real.

—¿Qué fotografía? —ahora fui yo el que necesitaba saber más.

No obstante, nadie pareció interesado en mi intervención. Y eso que lo pregunté otras dos veces.

—¿Qué fotografía? ¡Abuelo, ¿qué fotografía?! ¡Qué fotografía!

Okey, tres.

—¿Nunca creyó que fuera real? Le confieso que, después de sus últimas declaraciones, yo tampoco lo creí —sonríe con un aire de socarronería—. Pero ahora no estoy tan seguro de ello, señor Tomassi...

Sacó del portafolios una libretita de pasta rosa a la que rodeaba una liga. El abuelo miró con suspicacia este nuevo

objeto. El señor Urzaeta dio unas palmaditas al cuadernillo, como si dentro hubiera una bomba que sólo él pudiera hacer detonar. Me di cuenta de que el abuelo estaba sudando. Cierto, hacía calor, pero no tanto como para que se le perlara así la frente.

—Aquí está la declaración. Y si no hubiera conservado yo este recorte, no estaría ahora aquí —tomó el pedazo de papel periódico y comenzó a leer—: “Pero si usted no tomó la fotografía, ¿de dónde la sacó?”. “Me la regaló Pluma Azul, uno de los seis capitanes de Todas las Cosas”.

Fue como si hubiéramos agarrado al abuelo confesando que le gustaba vestirse de rumbera. Hizo una cara...

El señor Urzaeta dio un golpe al recorte.

—Lo mismo repitió en un segundo programa de televisión. ¡Se volvió la burla de todos! De por sí que ya había bastante incredulidad en torno a la fotografía... y usted, con esa frase..., ¡parecía querer admitir que estaba mal de la mollera!

El abuelo tragó saliva. No dejaba de apretar la quijada, en la frente le salieron arrugas sobre las arrugas. Las orejas las tenía bien rojas. Pero igual no se movió un centímetro, se quedó clavado en el mismo lugar en el que había permanecido desde que entró al departamento.

—Yo tenía once años cuando vi ese programa de *Lo increíble*. Fue en el 77, me acuerdo bien. Pero nunca conseguí una grabación. Todo lo que tengo es este recorte de periódico. Y lo dice claramente: “Uno de los seis capitanes de Todas las Cosas”.

—Tonterías. Lo inventé para que me dejaran en paz. Igual nadie me iba a comprar la foto por el precio al que



yo la había tasado. Era una bagatela. Una falsificación. Me alegro de haberla convertido en confeti hace mucho tiempo.

—¿Qué fotografía? —dije, a punto de reventar. Me puse de pie para ver si alcanzaba a ver algo del recorte que tenía Urzaeta en las manos, pero lo volvió a poner en el portafolios.

—Y yo ya le dije que no estoy tan seguro. No ahora... —se puso de pie. Agitó el cuadernillo frente a su rostro.

—¿Qué es eso?

—¡Usted los conoció! ¡En verdad los conoció! Al menos a cinco de los seis capitanes.

—Fue una invención, le digo —ahora mi abuelo hizo un amago por quitarle la libreta.

—Pluma Azul, Pabilo, Cabra Loca... todos existieron.

—¿Qué es eso? ¡Déjeme ver!

—¡Gran Sombrero...! Todos existieron.

—¡Déjeme ver!

Se exaltó tanto mi abuelo que en serio creí que le daría el soponcio. Ver a ambos hombres disputarse la libreta me puso a mí también muy ansioso. No entendía nada y, lo peor, no sabía si entendería en algún momento.

El señor Urzaeta levantó la mano por encima de su cabeza. Era imposible que mi abuelo obtuviera la libreta sin darle un buen golpe en el estómago. Y juro que, por un momento, creí que se lo daría.

—Traigo una copia para usted... —resolvió el señor Urzaeta—. Pero quiero que antes me diga la verdad. ¿Dónde los conoció?

El abuelo dejó de estirarse para arrancarle la libreta. Resopló, resignado. Se apartó de él y, por fin, se sentó en una silla del comedor. Encima de una caja vieja de pizza.

—En el Santa Rosa, el orfanato en Neuquén. ¿Dónde más?

—¿A quiénes conoció?

—A los hermanos.

—¿A los cinco?

—Sí.

El señor Urzaeta se relajó. Le extendió el cuadernillo rosa. Mi abuelo lo tomó, le sacó la liga y se asomó a su interior.

—¡Lo sabía! —dijo triunfante el señor Urzaeta.

—No puede ser... —remató el abuelo.

El español, entonces, como si hubiera descubierto el filón de oro más grande del mundo, se quedó con la mirada perdida. Su sonrisa era la de un niño pobre a quien de repente obsequian un pastel entero para él solo.

—No puede ser...

Augusto Urzaeta sacó repentinamente del portafolios un atado de fotocopias. Con gentileza hizo que mi abuelo le cambiara la libreta por las hojas.

—Se dará cuenta, al leer eso... de que ahora lo que menos me importa es hacerme de una miserable foto.

—¿De dónde sacó esto? —dijo mi abuelo con cierto pesar.

—De una subasta que se hizo en Los Ángeles. Léalo. Y luego platicamos. Tengo intenciones de que me ayude a...

—Lo leeré. Pero no estoy interesado, se lo anticipo.

El abuelo, de pronto, volvió a su habitual mal humor.

—Ni siquiera sabe lo que pienso pedirle.

—No estoy interesado.

—Pagaré bien.

—No estoy interesado.

—Pagaré MUY bien.

—¿Cuánto? —ése fui yo, presa de un comprensible pánico.

—¡No estoy interesado!

El señor Urzaeta, sin embargo, no hizo a un lado su bien afianzada sonrisa. Como si de antemano supiera que mi abuelo, a la larga, sería incapaz de negarse, abrió la valija, guardó la libretita, extrajo una hoja fotocopiada que, en un alarde de gentileza, me extendió, cerró el portafolios, alargó una mano que mi abuelo no quiso estrechar, y se encaminó a la puerta. Siempre, siempre sonriente.

—Ya lo buscaré de nuevo.

—Será inútil.

Y, dicho esto, salió por la puerta.

He de decir que, cuando acabé de leer la noticia plasmada en la fotocopia que me obsequió nuestro extraño visitante, mi primera reacción fue levantar la vista, explotar en carcajadas y burlarme de mi abuelo hasta que me doliera el estómago. Lamentablemente, él también ya había desaparecido, ya había vuelto a su cuarto, a su tele sin cable y a su música.



Según yo, el asunto estaba sellado para siempre. Kaput. Zanjado, como dicen. Y como no pude burlarme de él ni en ese momento ni a la hora siguiente ni a la siguiente de la siguiente, volví a mi vida. De todos modos, me parecía una total pérdida de tiempo dedicarle siquiera un mínimo pensamiento a tamaña babosada. Lo único que me sorprendía era conocer esa nueva faceta de mi abuelo el charlatán pero, fuera de eso, para mí, como si esa visita no hubiera ocurrido.

Volví a mi vida, sí. Pero es justo decir que no era precisamente la emoción y la aventura lo que definía mejor mi existencia en esos momentos. Atascado en la indecisión de aquello a lo que tendría que dedicarme para que mis padres no me echaran a la calle a larga distancia, me vi regresando a las únicas tres cosas que me hacían olvidar que era un fracasado: 1) el *skate*, 2) mis cuates, 3) el grafito. Después de dos semanas de clavarme en la meditación intrascendental, volví a la calle con mi banda; a lo mejor porque no se me daba la autoflagelación o porque, en verdad, éstas eran las únicas cosas que, para mí, valían

la pena en la vida. Estando tirado en el parque fumando con mis cuates, o despegando del cemento las ruedas de mi tabla, o poniéndole mi firma a una pared con una súper explosión de colores, eran los únicos momentos de mi existencia en los que no pensaba en nada, que no me importaba nada y el mundo no se acababa si no sabía resolver ecuaciones o no tenía chava ni nada de lana. Y por eso terminé (como esos insectos que, por más que se esfuerzen, no pueden evitar volar hacia la luz) siendo atraído por las únicas cosas que me podían sacar del malviaje de no saber qué onda con mi vida.

Porque, según yo, con eso ya estaba haciendo *algo* con mi vida. Aunque ese *algo* no le cuadrara al mundo entero.

Algo. Y algo padre.

Que, además, me hacía feliz.

Y eso, la neta, no me parecía asunto menor.

Ora que tampoco era un discurso como para sostenerlo por teléfono con mis jefes sin que me temblara la voz. Por eso, siempre que platicaba o chateaba o *meileaba* con ellos era lo mismo: ya estoy viendo una escuela de inglés, de computación, de taxidermia, ruso, macramé. Lo que fuera. Nomás para extender la prórroga, aminorar las angustias, cancelar los regaños.

Y así hasta la semana, el mes, el semestre, el año siguiente.

No pintaba para ser un verano fácil.

Por eso me refugiaba tanto en, bueno sí, en mis cuates, mi patineta, mis aerosoles.

Pero, para mi gran fortuna, ahí estaba también el abuelo.

Y, pese a que yo perdí interés por aquella singular visita casi a las dos horas de que hubo ocurrido, ya estaba escrito que fuera gracias al señor Urzaeta que todo cambiara radicalmente para mí ese verano. Fue al cuarto día que empezó, en realidad, todo.

—¡Gepeto, te busca otra vez el señor Urzaeta!

—Dile que no estoy.

Había llamado como tres veces con anterioridad. El mismo día. Y ya estaba pensando dejar descolgado el teléfono para lograr un poco de paz y poder seguir matando a sangre fría en el *Gears of War* cuando me picó la curiosidad y le pregunté, a rajatabla, que cuánto estaba dispuesto a pagar. Por eso, y nada más por eso, volví a subir al cuarto de azotea. A la carrera, para ser sinceros.

—¡Quinientos mil dólares, Gepeto!

Nada. Ni un ruidito. Se oía la radio bajita, nomás.

—¿Me oíste? ¡Dice que está dispuesto a pagar quinientos mil dólares!

Nada.

—¡Oye! ¡No sé qué te piensa pedir pero, así fuera matrimonio, yo lo pensaría!

Nada. Me decidí a patearle la puerta y, luego, volver al teléfono.

—Señor Urzaeta, creo que se desmayó. Vuelva a llamar en media hora, porfa.

Tomé la llave de repuesto del cuarto y subí, dispuesto a meterme y ahorcarlo, si era necesario, para que accediera a lo que tuviera que acceder. Una patada más a la puerta.

—¡Abuelo! ¡Abre o...!

Ni me dejó terminar. En ese momento se entornó la puerta. Al abrirme, estaba en camiseta y pantuflas, con el ventilador puesto a todo, la radio en su estación de música nostálgica y un gran libro sobre la pequeña cama. Volvió al colchón y se tiró encima.

—Gepeto, de veras tienes que estar loco para...

—¿A ti qué más te da, profesor?

—¿Oíste lo que te dije? Quinientos mil DÓLARES. ¡DÓ-LA-RES!

—Por eso. ¿A ti qué más te da?

Se abrazó las manos tras la nuca, desenfadado. De veras no le cambió nada en el semblante. A veces me parecía increíble que alguien pudiera vivir en un cuarto tan chiquito, saliendo apenas una vez al día para comer en una fonda y quedarse ahí casi como un maldito prisionero. Pero en ese momento no solamente me parecía increíble sino también estúpido. O loco. ¿No se daba cuenta de lo que podría hacer con tanto dinero? Para empezar, mudarse de ese agujero. De las paredes sólo colgaba un cromo de un volcán nevado y un calendario del año pasado. De adornos no tenía ni ceniceros.

—Okey, ¿la verdad encuerada, abuelo? No puedes tener tan mal corazón como para no heredarle esa lana a tu única familia, o sea yo, cuando te mueras, que no debe faltar mucho.

—¿Tú? ¿Mi única familia?

—Pienso asesinar a mis padres —exclamé, cortante, buscando una reacción que nunca llegó—. Ya, en serio, abuelo... ¡siquiera pregúntale qué quiere!